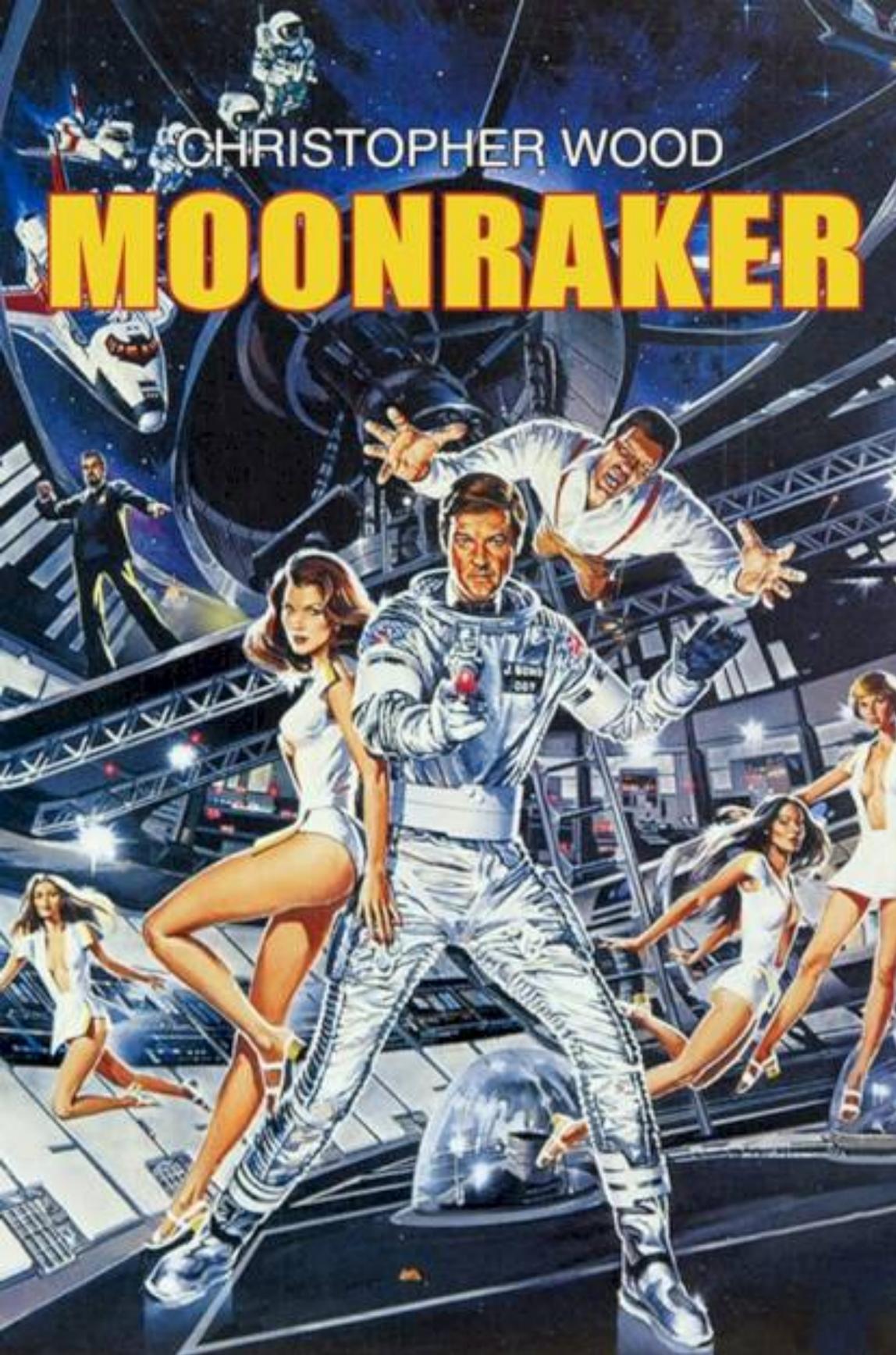


CHRISTOPHER WOOD

# MOONRAKER



El agente secreto James Bond recibe de sus superiores la orden de localizar el paradero de la nave espacial Moonraker, que ha desaparecido misteriosamente. Sus primeras investigaciones le llevan a seguir la pista del millonario Hugo Drax, constructor de la cápsula. Después de investigar en Venecia y en Río de Janeiro, Bond es capturado por Drax, y descubre que el villano posee una base de lanzamiento para cohetes espaciales, con los que se propone esparcir un gas tóxico que acabe con la vida terrestre, siendo ésta la primera fase de un perverso plan que el agente, ayudado por la Doctora Goodhead, intentará frustrar.

Novelización de la película «Moonraker», protagonizada por Roger Moore, Lois Chiles y Michael Lonsdale, y dirigida por Lewis Gilbert.

A Vernon Harris, con afectuoso agradecimiento

# 007

---

## 1

### El final y el principio

**E**l 747 volaba alto, apartando jirones de nubes como si fuera una persona famosa apartando a los ávidos reporteros. No estaba solo. En su popa de hallaba el perfil achaparrado del vehículo espacial que transportaba, con la palabra MOONRAKER, claramente escrita en sus lados. Vista desde la proa, la cabina parecía como un ballenato viajando sobre el lomo de una ballena, en pleno océano.

Dentro de la cabina de control, los ojos del capitán parpadearon sobre los paneles de instrumentos, las agujas oscilantes, las hileras de luces de colores. No había nada anormal. El 747 volaba por sí solo. No parecía mostrarse ninguna reacción adversa a la insólita carga. El capitán se sentía sorprendido y aliviado. Eso demostraba lo condenadamente bueno que era el 747. El capitán se permitió una ligera mueca de orgullo patriótico y se preguntó, no por primera vez, por qué razón se enviaba el vehículo espacial a los ingleses. ¿Era sólo para una exhibición aérea? Parecía un gesto demasiado generoso y caro en unos momentos en que la Administración recortaba brutalmente los gastos de ultramar e incluso el propio programa espacial necesitaba fondos con urgencia, hasta el punto de que se habían lanzado acusaciones en el Senado en el

sentido de que se estaba abandonando el espacio en manos de los rusos.

Quizás a los inventores ingleses se les había ocurrido algo que la NASA pudiera utilizar. Esa parecía ser la explicación más probable. Mientras el vehículo estuviera en Inglaterra, los científicos británicos podrían realizar sus propias pruebas y conferencias con sus colegas norteamericanos. A pesar de los limitados recursos, resultaba difícil creer que a los ingleses no se les hubiese ocurrido nada desde lo de Bluestreak, aunque sólo fuera en la fase de diseño.

Junto al capitán, el primer oficial echó un vistazo a su reloj y se humedeció los labios. Pensaba en el placer, y no en el trabajo. En un apartamento de Bayswater Road, en Londres, donde una conocida suya comprobaría si aún quedaba suficiente whisky Jack Daniels en la botella y se ocuparía de colgar una toalla extra en el cuarto de baño. Y eso lo haría antes de salir para trabajar en una biblioteca, de modo que pudiera estar de regreso en casa a las seis con todos los suministros extras que fueran necesarios, para tomar un baño y perfumarse, y esperarle. Sabía que ella le estaría esperando porque la había llamado por teléfono a altas horas de la noche anterior del viaje. Ella siempre le esperaba. Siempre se sentía contenta de verle. Era una mujer apasionada pero, al igual que sucedía con muchas mujeres sentía vergüenza de su carnalidad e inclinación a ocultarla en la coquetería. Ella le abriría la puerta llevando puesta la ropa interior más provocativa que tuviera y se quejaría, diciéndole que le estaba esperando desde hacía una hora. Él la llevaría hacia el dormitorio y le haría el amor mientras que ella protestaba clavándole sus uñas pintadas en la espalda y sus dientes bien limpios en el hombro.

Se preguntaba qué tal saldría todo aquella noche. Ella no siempre le abría la puerta llevando puesta una negligé. Normalmente, le recibía llevando un vestido de extraña

simplicidad, adornado quizás con un broche antiguo. Aceptaría las flores que él le trajera con pequeños gritos de alegría y se pondría de puntillas para adelantar la mejilla y darle un beso. Después, se dirigiría hacia el pequeño saloncito, pondría las flores en un jarrón y le prepararía un Jack Daniels con hielo. Y durante todo el rato le dirigiría una continua riada de preguntas que no esperaban nunca respuestas, y le contaría cosas sobre personas a las que él no había conocido nunca. «¿Sabes? Fue terriblemente divertido, pero...» Nunca era divertido, ni siquiera interesante, pero él la escucharía con una expresión de buen humor en el rostro, sorbiendo su bebida y dejando que sus ojos disfrutaran de la vista de los pechos y las curvas de las bien contorneadas piernas que el resto de su propio cuerpo saborearía a su debido tiempo.

Después de tomar él una segunda copa y ella una ginestra con tónica, él sugeriría cenar y ambos irían al pequeño restaurante italiano de la esquina, donde había luces amortiguadas, los precios eran caros y los clientes se inclinaban sobre las mesas para darse las manos, y miraban rápidamente a su alrededor cada vez que llegaba alguien, por si acaso se trataba de la esposa, esposo o amante fijo, de alguno de ellos.

Una vez en el restaurante, él trasladaría sus preferencias a una botella de Valpolicella y la escucharía, mientras ella hablaba de su trabajo; o más bien del hombre para quien trabajaba. Él suponía que este hombre había sido su amante en otro tiempo, aunque esto nunca se había afirmado explícitamente así. Había en ella resentimiento, pero al mismo tiempo un tosco respeto y una especie de fascinación. El hombre estaba casado, pero no era feliz con su esposa. Habría sido mucho más feliz con ella, de haber sido ella su esposa. Eso era lo que podía deducirse.

Mientras se iba desplegando la saga de la biblioteca, el *prosciutto e melone* daría paso al *petto di pollo* y el rostro de la mujer se haría más deseable, lleno de animación.

Probablemente, estaría tratando de hacerle sentir celos, pero a él no le importaba quién había estado con ella, siempre y cuando ella estuviera disponible cuando él la deseaba. Mientras se debatía sobre la conveniencia de pedir otra botella de vino, extendería sus piernas para encontrarse con las de ella e inmediatamente sentiría la presión de sus pantorrillas contra la suya y su mano sobre su muslo. Sus labios empezarían a abrirse, tentadores y brillantes a la luz de las velas. Él se olvidaría entonces de la segunda botella de vino y sugeriría que subieran a tomar el café en el apartamento. Sonrió. Nunca habían llegado aún a tomar aquel café.

—¿De qué te estás riendo, Joe? —la voz del capitán cortó en seco su ensimismamiento.

—De nada en particular.

—¿Alguna chica a la que piensas tirarte en Londres?

—Soy demasiado caballero para contestar esa pregunta —dijo el primer oficial por encima del hombro—. ¿Qué tal vamos de tiempo, Dick?

El oficial de navegación, que era la contribución inglesa al transporte del Moonraker, levantó la mirada de su pantalla de radar. Una observación más atenta habría revelado la aparición de un ligero rubor en sus sonrosadas mejillas. No estaba acostumbrado al tipo de comentarios que acababan de intercambiar el capitán y su primer oficial.

—No vamos mal del todo, señor. Llevamos quince minutos de adelanto sobre el horario previsto. Si continúa soplando este viento de cola podemos llegar a Heathrow con cuarenta minutos de adelanto sobre lo previsto.

—Excelente —dijo el capitán.

El oficial de navegación contempló sus cartas de vuelo. En alguna parte, muy por debajo de la extraña semipenumbra existente entre el día y la noche, se encontraba la ciudad de Champagne. Qué nombre para una ciudad situada en el extremo septentrional de las Rocosas, en el Te-

ritorio del Yukon, en Canadá. Quizás alguna vez hubo allí champán, durante la época de la fiebre del oro, cuando la palabra Yukon era sinónimo de veinticuatro kilates. Pensó en hombres envueltos en pieles, surgiendo de la ventisca, tambaleantes, golpeando las raquetas de nieve contra la barra posapiés del salón para quitarse la nieve. Las puertas oscilantes abriéndose de golpe, la vaharada de aire caliente, la música rítmica al fondo, las palmadas en la espalda, el fuego del primer trago de whisky quemándole la garganta, la presión satisfactoria de la bolsa de polvo de oro alojada sólidamente contra su bajo vientre.

Ahora, el salón había dado paso probablemente al self-service de Frank, donde se reunirían los conductores de camiones que saltarían de la comodidad de aire acondicionado de sus cabinas, en la ruta de la autopista de Alaska. Con un ojo puesto en la radio local y el otro en la chica detrás del mostrador. Con el humeante plato caliente surgiendo por la ventanilla. Tres huevos, cubiertos de tiras de tocino que llenaban el plato, con un pequeño montón de crujientes patatas fritas, todo ello acompañado por una gran taza de humeante café. El oficial de navegación pudo degustar la saliva que se iba formando en su boca. Casi pudo sentir el cuchillo invisible en su mano, troceando la deliciosa, grasienta y crujiente costra de las patatas fritas. Si tenían suerte y no había problemas de embotellamiento en Heathrow, si el paso de Kingston no se hallaba atestado por los domingueros que regresaban a casa, podría llegar a la suya a tiempo de ayudar a los niños con sus deberes y de cenar con la familia. Había tratado de llamar a Louise por teléfono para comunicarle la hora en que probablemente estaría de regreso, pero no había obtenido respuesta. Seguramente, habría salido a una de sus clases de yoga o a ayudar en la limpieza después de un almuerzo de compañeras. En realidad, no importaba. Así se llevarían una mayor sorpresa cuando le vieran.

Dentro del puente inferior del Moonraker, un oído bien entrenado podría haber escuchado una débil vibración. Todo estaba a oscuras. Temblaba toda la estructura del vehículo. Después, se escuchó otro sonido. Un ruido apagado y sibilante, como si estuviera a punto de explotar un cohete en una lata de hojalata. Pero el sonido continuó y no se produjo ninguna explosión. Tampoco aumentó de intensidad, pero lentamente fue apareciendo un débil brillo de luz que surgió como una boca diminuta por la extremidad de una de las entradas. El brillo se concentró en la cerrada escotilla de seguridad, que empezó a ponerse roja poco a poco hasta adquirir un color blanco caliente. Una delgada columna de humo negro se elevó en el aire y el metal empezó a doblarse. Transcurrieron quince segundos, se escuchó un agudo crujido y la cerradura se abrió de golpe. La luz brillante se extinguió y el metal ardiente fue enfriándose con rapidez hasta que perdió su brillo en la oscuridad. El vehículo siguió vibrando en el espacio y se produjo un roce de ropas cuando las piernas de un hombre aparecieron por la trampilla. El delgado haz de una linterna tanteó la oscuridad y un soldador láser quedó sobre una de las linternas. La luz tanteó como un dedo impaciente y encontró lo que deseaba: el mecanismo de apertura del cierre opuesto. Éste fue apretado y abierto con rapidez y un segundo par de piernas surgió a la vista.

Las dos figuras que aparecieron parecían duendes en la penumbra. Sus apretados uniformes negros les cubrían de la cabeza a los pies y estaban ajustados a máscaras de oxígeno presurizadas dotadas de tubos que iban desde debajo de los reforzados paneles de cristal situados a nivel de los ojos, hasta dos pequeños cilindros sostenidos a las espaldas. No dudaron un instante y se movieron con rapidez hacia el pie de la escalera en espiral. El primero en salir indicó el camino y comenzó a subir. Sobre él se hallaba la cabina de control del vehículo espacial.

En la cabina del 747, el primer oficial se frotó las manos y preguntó pensativamente:

- ¿Cómo vamos ahora, Dick?
- Acabamos de pasar sobre Fairbanks.
- ¿Seguimos el horario previsto?
- Con veinte minutos de adelanto.

El primer oficial se frotó las manos un poco más y pensó que al cabo de unas pocas horas más estaría regresando a casa, con la mujer que le esperaba, de regreso del restaurante italiano. La neblina del invierno se arremolinaría alrededor de las farolas de la calle. Él podría escuchar los pasos de ambos y observar la respiración en el aire frío. Le gustaba Londres en invierno. Pero lo que más le gustaba era el pensamiento de lo que sucedería una vez se hubiera quitado el cobertor de la cama demasiado pequeña para dormir, pero del tamaño suficiente para todo lo demás.

Sintió los ojos del capitán posados en él.

-Puedo leerte como en un libro abierto, Joe. No creo haber volado nunca con un...

Se interrumpió al ver cómo el primer oficial empezaba a inclinarse hacia adelante, en su asiento.

-¡Qué día...!

En la extremidad derecha del panel de control se había encendido una alarma.

-¡La ignición del vehículo espacial!

-Tiene que haber un fallo en el sistema. ¡Comprueba los circuitos!

Antes de que el primer oficial pudiera obedecer la orden, se produjo un rugido ensordecedor y el 747 se sacudió como si hubiera sido aplastado por una mano invisible en medio del aire. La cabina tembló y el rugido aumentó en intensidad.

-¿Qué diablos está ocurriendo?

-¡El vehículo está despegando!

-No puede...

La voz se interrumpió al darse cuenta de la terrible realidad. Un agudo gemido casi les rompió los tímpanos y una luz cegadora les quemó los ojos que miraban fijamente, como si se hubiera producido un repentino fagonazo delante de sus caras. Los retrocohetes del Moonraker alcanzaron su plena combustión y una bola de fuego envolvió la cabina, apagando los gritos en las gargantas de la tripulación. Como un insecto envenenado después de haber introducido su aguijón mortal, el Moonraker se estremeció en el aire y los gases de escape de su cola siguieron llenando la cabina del herido 747. Después, se produjeron dos explosiones de los cohetes secundarios, casi simultáneamente, enviando su rugido por todo el aparato. El morro del 747 se inclinó y las llamas lamieron toda la longitud del fuselaje. Como si fuera una pesada carbonilla encendida, el aparato empezó a caer del cielo.

)))

El almirante sir Miles Messervy, del Alto Estado Mayor, alias M, miró pensativamente por la ventana del despacho situado en un octavo piso, desde donde se dominaba Regent's Park. El despacho pertenecía a la Transworld Consortium, pero este nombre también era un alias para designar una sección adjunta del Ministerio de Defensa británico, que podría haber sido denominada como Servicio Secreto. «Podría haber sido» si M no hubiese tenido que ver nada con el nombre. Esa clase de terminología le habría parecido demasiado vistosa y dramática para sus gustos puritanos, de viejo lobo de mar. Prefería el oscurantismo de Transworld Consortium y había lamentado, aunque aceptado, la conveniencia del cambio del nombre original de la organización, que había sido el de Universal Export. Se dirigió hacia la mesa de despacho, recubierta de cuero rojo, y llenó la pipa de tabaco, tomándolo de la base de

una vaina de bronce de catorce libras que le servía como recuerdo de sus tiempos en la marina y como tarro para contener el tabaco, por ese orden.

Había en el aire una atmósfera de triste amenaza que quizás se comunicaba a partir de las nubes que descendían sobre el parque. Pero quizás no. M se sentía incómodo. Dirigió la mirada hacia el teléfono de su mesa, como si algún mensaje telepático le hubiera advertido que estaba a punto de sonar. Justo debajo del receptor había una luz roja que se encendía cuando se trataba de una llamada del máximo secreto desde las esferas superiores del Ministerio de Defensa. La luz se encendía cuando morían los reyes y eran asesinados los presidentes.

Y ahora, mientras M la observaba, el teléfono sonó y la luz roja se encendió.

El pulso de M no se alteró lo más mínimo. Sostuvo la pipa a medio llenar en su mano izquierda y cogió el auricular.

—Aquí M.

Percibió el tono de urgencia y apresuramiento de la voz al otro extremo del teléfono, y se profundizaron aún más las líneas que marcaban las esquinas de sus ojos claros y grises.

—Muy bien, señor ministro —dijo finalmente—. Nos pondremos a trabajar en ello.

Volvió a dejar el auricular y se detuvo para reflexionar por un instante antes de apretar el botón del intercomunicador que le conectaba con su secretaria. La voz de ella surgió inmediatamente.

—¿Sí, señor?

M hizo una profunda inspiración y habló pausadamente, con una voz de la que había desaparecido todo matiz de emoción.

—Money Penny. Quiero a 007. Tan pronto como pueda localizarle.

## 2

### «Disfrute de su vuelo»

**E**l rostro era oscuro, marcado por una cicatriz blanquecina de unos diez centímetros de longitud, que recorría la mejilla derecha. Los ojos eran anchos, situados al mismo nivel bajo unas cejas rectas, negras y más bien largas. El pelo era negro, partido a la izquierda y peinado de modo que un espeso mechón negro le caía sobre la ceja derecha. La nariz, larga y recta, bajaba hacia un estrecho labio superior bajo el cual aparecía una boca ancha y finamente cortada, pero cruel. La línea de la mandíbula era firme e implacable.

El hombre llevaba un traje de alpaca de color azul oscuro, una camisa de algodón Sea Island y unos sencillos zapatos negros hechos especialmente para él por John Lobb, de St. James's Street, Londres. Llevaba una corbata negra de punto, un poco más delgada de lo que dictaba la moda del momento. Pero James Bond era insensible a las veleidades del mundo de la moda masculina. Tales detalles no tenían ningún interés para él. Sacó una cigarrera de metal y consideró si debía fumar su cigarrillo número cincuenta del día. Mientras contemplaba el desgastado metal casi pudo ver el informe de su último chequeo médico, que M le había extendido por encima de la mesa del despacho elevando una ceja sobre aquellos ojos grises terriblemente claros:

El oficial admite un consumo de alcohol de más de media botella de licor diario de una graduación de más de 40 grados. También fuma una media de sesenta cigarrillos diarios sin filtro. Estos cigarrillos le son fabricados especialmente con una mezcla de tabacos turcos y de los Balcanes que contiene una proporción de nicotina superior a la de las marcas ordinarias. Durante el examen médico, se observa que este régimen

Bond sonrió al recordar la palabra *régimen* está empezando a producir el efecto esperado. La lengua aparece con sarro. La presión sanguínea se halla elevada a 180/100. El hígado empieza a ser palpable. No se observa disminución ni en la frecuencia ni en la gravedad de los dolores de cabeza occipitales a los que nos referimos en el informe previo. El espasmo en los músculos del trapecio ha aumentado en intensidad y los nódulos de "fibrositis" se están haciendo más manifiestos.

Es difícil evitar la conclusión de que la salud del oficial está siendo minada sistemáticamente por su *mode de vivre*

*Muy elegantemente expresado, pensó Bond. ¿Qué está sucediendo estos días en Harley Street?*

Se recomienda enérgicamente que, si no quiere ver gravemente dañada su eficiencia en el trabajo, deje de fumar de inmediato y reduzca la ingestión de alcohol. Un cambio al vino sería lo preferente y una abstinencia total lo ideal.

Inequívoco. Eso era lo menos que podía decirse. M no le había hecho críticas, pero le aconsejó que considerara las sugerencias del informe. Seriamente.

James Bond decidió hacerlo así mientras fumaba su cigarrillo número cincuenta del día. Se lo introdujo entre los labios, cerró la caja de metal y buscó su gastado Ronson. La pequeña llama orgásmica vaciló y él aspiró el humo con avidez. Se encontraba en perfecta forma y cuando no se sintiera así emprendería por sí mismo cualquier acción que considerara necesaria. Los médicos eran para los hombres obesos sentados detrás de mesas de despacho dedicados a decirles a otras personas lo que tenían que hacer. Se preguntó qué dirían la mayoría de los médicos si se auscultaran con su propio estetoscopio.

Para Bond, el fumar formaba también parte del ritual de volar, y él disfrutaba con los rituales. También le gustaba un martini con vodka bien hecho. Miró por la cabina del jet privado de ocho asientos que le habían enviado para que regresara desde Dakar, y localizó una pequeña nevera que parecía tener un aspecto prometedor. Se hallaba alojado justo detrás de la entrada de la estrecha cabina del piloto y bajo un montón de elegantes revistas que Bond ya había hojeado. Con una intuición que a Bond le pareció completamente admirable, la azafata apareció por la abertura y cerró la puerta tras ella. Era alta, con una boca grande y sensual y pechos muy bien formados. Su sonrisa no se había desgastado volando en las rutas seguidas por las líneas aéreas comerciales, y ahora apareció en su rostro como expresión genuina de su deseo de agradar. Su vestido era simple. Una falda de lana verde, de buen corte, y una blusa de seda blanca que hacía juego con sus medias.

—¿Le apetece una copa? —le preguntó ella.

Bond le devolvió la sonrisa.

—Ya sabía yo que podía usted leer los pensamientos. ¿Tenemos ginebra Gordon's y un vodka de grano?

—No lo sé respecto al vodka —se inclinó para abrir la nevera y Bond pudo disfrutar de la vista de unas caderas